RAMON LOPEZ VELARDE, UN PESIMISTA LUJURIOSO

POR

BEATRIZ ESPEJO

Encuadernado en tela, la periodista Guadalupe Appendini sacó un estudio, *A la memoria de Ramón López Velarde*, publicado por el Gobierno del Estado de Zacatecas, en Jerez, el 15 de junio de 1988, para conmemorar el centenario del nacimiento y como parte del homenaje nacional que se rindió al poeta mexicano. A manera de prólogo se incluyeron dos textos aparentemente inéditos hasta entonces, que me resultaron muy turbadores, una misiva y un poema que había guardado Leopoldo López Velarde, hermano menor y único sobreviviente de la familia López Berumen. La primera, escrita en San Luis Potosí, México, el 13 de mayo de 1908, nos revela a un joven de veinte años, culto, inteligente, sensible, taciturno, educado conforme a los cánones tradicionales de la clase media a la cual pertenecía, que deseaba contribuir a la manutención de sus seres queridos y tenía con su padre la suficiente confianza como para hacerle determinadas confidencias. Dice a la letra:

Muy amado papá:

Refiriéndome a su grata del 11 del actual, manifestando mi contento por la buena salud de que me avisa disfrutan.

Amplia y muy suficiente en sabios consejos es su carta, por la cual, fuera de mi contento de verlo, no veo objeto para un viaje.

Comprendo hasta donde trascienden sus enseñanzas sobre un irracional cultivo de la literatura; y penetrando en ella, le prometo seguir las al pie de la letra, que con ello lograré ajustarme a los más indiscutibles principios morales y económicos.

Mi decaimiento no tiene por causa, como usted supone, afecto alguno amoroso: mi juventud ha sido estéril bajo ese concepto. Usted bien sabe que no he tenido una sola novia, y aquí en San Luis no he recibido una sola impresión de ese género.

No, papá, mi tristeza, no reconoce esas causas que con todo y ser pueriles, son siempre poderosas. Estoy triste porque mi juventud es tan solo consumidora: nada produce, y por ello sufro, no por egoísmo, sino porque de esa manera estoy privado de satisfacer mis ingentes deseos de que usted no trabaje ya, sino que sea

yo quien atienda las solicitudes del amor y los recursos del dinero a la vejez de mis padres y a la formación de mis hermanos. ¡Esa sería la ventura mayor de mi vida!

Sufro también al mirar lo poco que la totalidad de mis queridos hermanos ha caminado en la senda de la vida; y de aquí resulta que los cuidados de educación molestan a usted y consumen, afligiéndola, a mi mamá.

A estas razones bien fundadas, según creo, *júntanse las de mi carácter* rarísimo que, por ejemplo, me hace prever una mayor próxima desaparición de alguien de mi familia; temor que ya en otra ocasión le he manifestado. ¡Dios quiera que no se realice!

Ya usted ve, papá, que a las imprescindibles contrariedades de la existencia, agrego las de mi carácter pesimista, olvidándome de la máxima antigua: *sufficiat cuique diei sua malitia*.

Y es por todo esto que casi no he disfrutado de los goces de mi edad. El bien parecer, los amigos, la inclinación a vestir con el lujillo modesto; el optimismo, en una palabra, no es para mí.

Será, acaso, que en mí, se realiza lo asentado por un escritor francés: Que los jóvenes del siglo actual llegamos a viejos sin haber sido nunca jóvenes.

Vea, papá, que no soy reservado con V.

Mi papá y mi mamá reciban el afecto profundo de su hijo que lamenta la ausencia, B.S.S.M. y desde lejos recibe la bendición.

El tono de cariñoso respeto concierta con las fórmulas de amor filial vigentes en la época y coincide con la primera epístola que se conserva de López Velarde, escrita a los ocho años y enviada a sus padres el 22 de febrero de 1896 durante un viaje que hizo a la Ciudad de México¹; pero una lectura meditada nos llevaría a considerar puntos interesantes. Sin duda, como otros padres de escritores famosos (pienso, por ejemplo, en el de Julio Torri que llegó a tener con su hijo serios conflictos); el de López Velarde pensaba que dedicarse profesionalmente a la literatura era una extravagancia poco productiva y un riesgo futuro. Ramón prometía escuchar sus consejos al pie de la letra, aunque a las claras se ve que tomó mejor en cuenta el refrán que reza: a palabras necias oídos sordos. De vez en cuando se ocupaba de asuntos legales fáciles de resolver, cosa comprobable en unas letras posteriores dirigidas a José Villalobos Franco (13 de febrero de 1909) dando razón de que no lograba cobrar una deuda; pero su verdadera vocación producía ya los primeros frutos. De esa época se conocen varios poemas: “A un imposible”, “Huérfano quedará mi corazón”, “Color de cuento”, “Elogio a Fuen-santa”, “El piano de Genoveva”, que dejó dispersos y a sus biógrafos y estudiosos

¹ Luis Noyola Vázquez, “El epistolario de Ramón López Velarde”, México en el Arte, núm. 7, primavera de 1949.

tocó en suerte antologarlos, y “Domingos de provincia”, sin duda más de su gusto pues lo publicó en *La sangre devota* (1916). “Elogio a Fuensanta” había aparecido en la revista *Kalendas* de Lagos y seguramente López Velarde ya preparaba parte de la copiosa producción que dio a conocer un año después, cuando también empezó a colaborar en los periódicos con obra en prosa. Por otra parte, había colaborado en la fundación de la revista *Bohemio* de Aguas Calientes e iniciado sus relaciones con Eduardo J. Correa, amigo y editor.

Aseguraba que no había tenido una sola novia y consideraba a su juventud “estéril bajo ese concepto”. Tal confidencia nos enmendaría la plana a quienes escribimos ensayos donde hablábamos de posibles noviazgos sin mucha trascendencia con sus condiscípulas y paisanas, entre las cuales citábamos los nombres de Susana Jiménez y Eloísa Villalobos.

En otro párrafo se juzgaba improductivo cuando había sido un estudiante excelente. Salvo un maestro de literatura que no lo entendió, todos lo consideraron digno de notas altísimas. En el Seminario Conciliar de Zacatecas salió con calificaciones extraordinarias y premio de primer orden, perfectamente bien, y fue distinguido entre los demás alumnos. Los mismos honores se repitieron en el siguiente curso, y en el Seminario de Santa María de Guadalupe de Aguascalientes, donde obtuvo calificaciones extraordinarias incluso en matemáticas. Como si fuera poco, estaba a punto de recibirse de abogado en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí y sacó su título sin presentar examen profesional, en virtud de su excelente promedio, según el artículo 82 de la Ley de Instrucción Secundaria de 1908.

Confesaba su despreocupación por vestir con “lujillo modesto”. Algunos testimonios confirman que era desaliñado. Y si por un lado recompensó la falta de amigos momentánea, con los muchos que encontró luego, es probable que conservara cierta inseguridad personal. En realidad tenía frente amplia y despejada, grandes ojos de mirar un poco triste, bigote poblado y unas manos que, según se ha dicho, eran su mejor adorno. Rasgos nobles como los de casi todos sus parientes, según confirma la iconografía recogida. Los retratos ovalados de sus abuelos, de su guapo tío presbítero, Inocencio, o los de sus tías maternas, María Dolores, Elena, Margarita y Josefa, que con sus sobrios vestidos de tafeta llenos de encarrujados y drapeados posan desganadas en el gabinete del fotógrafo, parecen completar la galería pintada por Hermenegildo Bustos.

Por supuesto, la inseguridad que demostraba en su carta puede entenderse como parte de un proceso difícil, aparejado con una adolescencia sensible; sin embargo, la luz más inquietante que este texto reporta surge al enfocar la frase subrayada en el original: “A estas razones bien fundadas, según creo, *júntanse las*

de mi carácter rarísimo que, por ejemplo, me hace prever una mayor próxima desaparición de alguien de mi familia". Se desprende, pues, que había tenido premoniciones y que la experiencia se había repetido varias veces. Su insistencia lo inquietaba, al punto de obligarlo a buscar apoyo con su padre. Paradójicamente el padre, que gozaba de cabal salud, fue quien murió meses después.

Señales de la pesadumbre causada por esa muerte quedaron en la elegía que Guadalupe Appendini aprovechó en su prólogo. No se trata de un buen poema. La biografía se hallaba demasiado cercana para trasmutarse en materia valedera. Apenas se salvan algunos versos descriptivos y dolientes:

Todo lo evoco, padre,
tus quejidos, tus palabras postreras,
la voz triste en que habló tu hermano sacerdote,
los cirios, compañeros de velada,
la madre, y los hermanos todos juntos,
el ataúd que sale de la casa,
el sollozante oficio de difuntos ...

Todavía puede darse la sorpresa de encontrar esta elegía publicada en algún periódico; pero el propio López Velarde la consideró una mera reconstrucción del drama. Conviene conocerla para entender mejor al poeta y para detenerse a pensar que quizá conservó esta facultad suya que lo hacía adelantarse a las desgracias. Se ha comentado su temperamento supersticioso que incluso trasciende a sus poemas y es muy divulgada la anécdota de la gitana que lo obligó a palidecer al vaticinarle una muerte por asfixia. La profecía se cumplió, bien lo sabemos; pero poco se ha reparado en las constantes alusiones que López Velarde dejó en su obra sobre el convencimiento de que moriría pronto. No resulta difícil descubrir varios ejemplos. El más contundente se halla en el poema "Gavota", fechado en 1920:

Mas con el pie en el estribo
imploro rápida agonía
en mi final hostería.

Las estrofas precedentes son una súplica al Dios de sus devociones para que no desfigure su pobre cuerpo pasajero. A los treinta y dos años y sin padecer otro mal que no fuera el talento, comenzaba a despedirse del mundo en varias composiciones que conformaron su libro póstumo, *El son del corazón*. Reflexionaba sobre los aciertos y errores de su existencia en la cual no conoció a la mujer ideal, complemento de sus anhelos físicos y espirituales, a quien soslayó siempre.

Se consolaba asegurando que había vivido en el cogoyo de cada minuto.

Hombre complejo, buscó en la balanza, falso equilibrio de dos fuerzas antagónicas incapaces de fundirse, un símbolo de sus turbaciones. Se autodefinió diciendo: "Soy un harem y un hospital colgados juntos de un ensueño". Los cuartos del hospital los ocupaba Fuensanta, la novia enferma del corazón que significaba un refugio después de fatigar los violentos goces amorosos. En el inmenso mausoleo en que naufragaba, López Velarde levantó una capilla dedicada a la jerezana que negaba su abrazo y aún así olía a lino recién lavado y portaba de manera única la golilla de encaje.

Se ha llamado "musa capitalina" a quien daba peso al segundo platillo. Emperatriz del sexo imaginado como ejército de hormigas voraces, los poemas dedicados a loarla tuvieron un lenguaje entre científico y cósmico, que suplantó el olor a sacristía por los conflictos de un varón atrapado en los imperativos sexuales. Y ambas mujeres fueron resumen de otras muchas que ayudaron a conformar sus respectivos arquetipos.

Se han esclarecido datos y seguido pistas en el empeño de concretar los orígenes exactos de algunos textos. "Del pueblo natal", que nos serviría de ejemplo, nació de los recuerdos que grabaron en la conciencia infantil las provincianas parleras, acostumbradas a enredarse chales negros al busto y a comentar sucesos cotidianos desde sus balcones. Angeles conciliadores, representaban un posible asidero que López Velarde se ofrecía a sí mismo, alternativa para una vejez deshauciada y solitaria en la que también pensó. Murió a los treinta y tres años, cuando se hubiera creído que la vida le abría caminos. Esta previsión resultó tan inútil como prematura; sin embargo, las primeras vivencias le produjeron una emoción inefable y cooperaron a conformar la figura de una enlutada que germinó los frutos apasionados que maduraron tenaz y definitivamente. Poco importaría en realidad que esa mujer hubiera sido Josefa de los Ríos, cuyo nombre se reveló en la segunda edición de *La sangre devota*, o que la socorrieran una serie de muchachas coincidentes en su simpleza pueblerina y que, encabezadas por ella, contribuyeran al diseño de una amada literaria. Todas se resumieron en la hermana que hacía llorar como las mutaciones y variantes de una sola especie femenina.

Dicen que Josefa no descollaba. Lo mejor de su persona era su piel blanca y su mirada bondadosa. Largas trenzas caían sobre su espalda y nunca tuvo idea de ponerse galas que no fueran las enaguas largas y las blusas de cuello alto. Entre sus retratos más difundidos, uno la muestra vestida de señorita junto a su amiga Susana Jiménez; el otro con el pecho envuelto en un rebozo blanco. Los dos nos representan la fisonomía de una muchacha común. López Velarde la llamó Fuensanta —santa fuente de aguas milagrosas—, y tal vez tomó el apelativo de una

pieza de Echegaray, quien en esa época gozaba un prestigio que le regatearían las nuevas generaciones de escritores. La voz de Fuensanta era antifona, campanilla de las litúrgicas elevaciones, verso que se entonaba a la Virgen, un armonio, un conjuro. Sus manos guiaban hacia Sión y restañaban cicatrices, sus ojos taumaturgos emulaban dos lámparas prendidas en la penumbra de un altar desierto, brasas en el incensario; su boca invitaba al beso, sus dientes insinuaban la travesura y el relámpago de espejos pueriles; en trascendencias de éxtasis se adelgazaba su perfil y sus brazos beatíficos acunaban para dormir sobre los senos de una santa. Impartía paz la vecindad de sus hombros y, sobre todo, poseía la virtud de sublimar su entorno. ¿Sostuvieron el poeta y la idealizada relaciones de amor recíproco? Difícil saberlo. López Velarde no se entregaba a las confidencias amistosas y el tono de sus cantos hace sentir que más bien se trataba de un cortejo distante ajeno a los desencuentros que la convivencia impone. Aunque algunos afirman que hubo un noviazgo roto por causas desconocidas, de tomarse en cuenta la carta de 1908 que López Velarde envió a su padre condoliéndose de su juventud estéril, y una fechada el 31 de octubre de 1909 dirigida a Eduardo J. Correa agradeciéndole la dedicatoria del libro *En la paz del otoño*, en que comentó su ruptura con Fuensanta como la ruina de una ilusión abrigada muchos años, se concluiría que de haber existido, el entendimiento duró poco. Luego de esa ruptura, Ramón invocó a Fuensanta en alejandrinos eclesiásticos, la canonizó en endecasílabos y le compuso una letanía de aces místicas: “¡ara mansa, ala diáfana, alma blanda, fragancia casta y ácida!”. Fuensanta se desdibujó en la niebla al ritmo de estas invocaciones; pero, fantasma obstinado, reapareció en ocasiones sucesivas. “Hoy como nunca”, el poema que abre *Zozobra*, alude aún a su enfermedad, agonía y muerte, y varios pasajes de *El son del corazón* comprueban que volvía transformada en un sonoro esqueleto peregrino con un sombrero de pastora atado bajo la calavera. El alucinamiento nos lleva a los dibujos de Posada y a las pastorelas navideñas, porque Fuensanta sumaba anhelos y frustraciones, cuanto para el poeta constituían los valores de este mundo, y era parte del terruño añorado.

En 1919 se agruparon los cuarenta poemas de *Zozobra*, compuestos en un período de tres años, dato comprobable según su fecha de aparición en *Revista de Revistas*, *Vida Moderna*, *El Universal Ilustrado*, *Pegaso* y *El Universal*. Hablaban de un ámbito urbano donde moraba “la musa”. Para honrarla no le reservaron sólo una alcoba de nigromante, sino la Metrópoli entera, perversa y atractiva.

Xavier Villaurrutia consideró a López Velarde el descubridor de la provincia, Octavio Paz lo definió como el descubridor de la ciudad y Ramón Xirau sostuvo que una cosa completaba la otra. Me afilio a esta tercera postura porque la poesía de López Velarde, lo mismo que su fe, se apoyaba en los contrarios; infierno y paraíso, Gabriel y Satán, claridad y oscuridad, virtudes y vicios, el bien provin-

ciano y el mal ciudadano. De ahí que a “Las desterradas” y a sus amigas de juventud como Eloísa Villalobos les aconsejara, sin mayores preámbulos, regresar al pueblo antes de mancharse en arrabales impuros.

Se diría que halló la fórmula de salvación para el insoluble conflicto de confrontar almas. Incapaz de ser voluble con la mujer original, aquélla que lo hizo nacer para el amor, sustituyéndola por otra, prefirió la infidelidad múltiple y superficial que ocurre todos los días y nunca realmente, ya que a los encuentros transitorios se les niega de antemano la condición de compañías. Se pensaría entonces que el segundo platillo lo ocupan las aventuras o las admiradas diosas del escenario como Antonia Mercó y Tórtola Valencia, que Fuensanta cumplía su misión espiritual y las demás su cometido físico:

A mi paso y al azar te desprendiste
como el fruto más profano
que pudiera concederme la benévola
actitud de este verano.

Sin embargo, la tesis anterior se debilita ante el concurso de poemas inspirados en una personalidad definida. A Margarita Quijano se le atribuye ese honor. Allen W. Phillips incluso descubrió en “Día 13” —fecha sentimental— una alusión:

Y si estalla mi espejo en un gemido,
fenecerá diminutivamente
como la desinencia de tu nombre

La poesía de López Velarde, antes un tanto objetiva, se precipitó hacia los abismos de lo subjetivo. Intervino lo diabólico y, aunque “la musa” triunfó “sobre un motín de sátiras”, tuvo en común con ellas agüeros y supersticiones, y la extraña cualidad de poder apretar entre los dedos éxtasis y placeres como si fueran un haz de centellas. En “Te honro en el espanto” se le asigna un vocabulario orientalista que nos remonta a *Las mil noches y una noche*, se le adjudican referencias astrológicas, ritos que recuerdan las misas negras donde el erotismo se mezclaba al diabolismo, imágenes que izan la bandera pirata con un campo fúnebre en el cual destaca una calavera sobre dos tibias cruzadas. ¿Tuvieron el poeta y “la musa” un amor correspondido? Algunas referencias así lo afirman. Carlos Pellicer aseguraba que Margarita Quijano nunca casó porque había hecho votos de monja laica. ¿Cómo precisarlo? Profundamente católica, Margarita tenía un Cristo de marfil ante el que rezaba. Al morir su padre, su hermano Alejandro dispuso que ella fuera a vivir con otra hermana, viuda, y se encargara de cuidar a sus sobrinos.

Obedeció sin replicar; ello no obstante, en otros aspectos hubiera sido una precursora del movimiento de liberación femenina mexicano. Maestra bien amada por sus discípulos, a quienes imponía la lectura de simbolistas y parnasianos franceses, se entregaba apasionadamente a su profesión. Seguramente tuvo con su amador un entendimiento intelectual fincado, entre otras cosas, en la lectura de Mauricio Maeterlinck, Anatole France y demás autores que formaban las vanguardias vigentes.

Carmen de la Fuente describe a Margarita como una mujer virtuosa y exquisita, de nariz aguileña y tez morena, cabellos castaños levemente chinos, apretados en un chongo sobre la nuca y escondidos bajo el sombrero. Se dice que era bien formada de cuerpo, de bonito busto, acinturada, que llevaba las manos metidas siempre en unos guantes negros. Iba a misa con López Velarde y a las conferencias que en 1915 impartió Antonio Caso en San Idelfonso. A veces tomaban juntos el camino de alguna excursión. Como a Fuensanta, López Velarde la convirtió en motivo literario. Le dedicó una prosa titulada "La dama en el campo" (1916), donde le preguntaba: "¿Sonríe usted señorita de nombre de flor?" (la pista es tan clara como la que recogió Phillips) y explicó que le había inspirado, además, "Boca flexible, ávida ...". Lo mismo podría decirse de la composición titulada "En las tinieblas húmedas" (1915) citada anteriormente y de otras posteriores que se extienden incluso a la que dejó inconclusa: "El sueño de los guantes negros", en cuyas estrofas la llamó "prisionera del Valle de México", aunque la frecuentación duró sólo de 1915 a 1918. Si por un lado Margarita guardaba, así se dice, un celibato incólume, por otro despertaba el erotismo del poeta que la describía con frases sintéticas e impresionistas: agudo perfil, cabellera tormentosa, nuca morena, ojos fijos, boca hecha para dar los besos prolijos y articular la sílaba lenta de un tormentoso idilio.

La melodía de los versos nos indica que había cambiado el tenor del sentimiento que inspiraba Fuensanta, el erotismo sustituía al sentimentalismo; pero las dos mujeres tenían algo en común: eran más grandes que López Velarde. Fuensanta le llevaba ocho años, Margarita diez. Y en ambos casos ello implicaba graves obstáculos. Cuando empezó su romance con López Velarde, Margarita tenía treinta y siete. Podría considerársele una solterona avergonzada de andar con un hombre de menos edad.

¿Por qué escogía López Velarde a mujeres mayores? No debe caerse en obviedades, pero inevitablemente se tiende a pensar en un complejo de Edipo. Guillermo Sheridan insinuó algo. En una reconstrucción biográfica, sacó a cuento que la madre de López Velarde, a partir de su casamiento, no volvió a cortarse el cabello. En prueba mostró un retrato, dado a conocer antes por Elena Molina

Ortega², donde se ve graciosa con su vestido floreado, su lazo oscuro al talle y un ramito de flores en la mano izquierda, linda a pesar de un aberrante manto negro que le llegaba a las corvas. Y no olvidemos que, según se desprende de varios versos, el cabello era uno de los atractivos femeninos que a López Velarde le resultaba muy estimulante. Por supuesto, hay mucho más. Emmanuel Carballo me ha dicho que Artemio de Valle Arizpe, en conversaciones privadas, contaba algunas intimidades curiosas de López Velarde, entre otras que sus urgencias sexuales duraban poco tiempo. Tal vez no pasa de ser uno de esos chistes malévolos que circulan entre escritores; pero es indudable, lo prueban tanto los poemas como las prosas, que López Velarde frecuentaba los malos barrios en busca de galanteos y que, lo señaló José Emilio Pacheco, en "La flor punitiva", disfrazando la cosa bajo una retórica elaborada, confirmó que en una de esas aventuras pescó una enfermedad venérea: "El furor de gozar gotea su plomo derretido sobre nuestra hombría: inútil y cobarde salvarnos de la crapulosa angustia."

Asombra su voluntad de expresar en letras de molde preocupaciones íntimas. Desde el principio de su carrera mantuvo la misma postura. En la carta a Eduardo J. Correa (31 de octubre de 1909) le reprochó no haber incluido en su libro, por ser de tendencia licenciosa, "unos alejandrinos a Carmen". Y aquí aclaremos. Si bien consta que López Velarde era poco inclinado a las confidencias, no se ha reparado lo suficiente en su firme propósito de acercarse a "un sincerismo literario que todos debemos apetecer"³. Quizá se debió a la influencia de Amiel, que trascendió tanto entre los escritores interesados en mantenerse al día. Incluso la Editorial Cultura publicó posteriormente, 1918, una selección del *Diario íntimo*, con prólogo de Manuel Toussaint, y tales publicaciones eran lectura obligada para quienes figuraban en los círculos intelectuales mexicanos.

Así pues, el conjunto de la obra constituye una biografía entrañable de López Velarde. Y uno no evita remontarse a los hechos conocidos buscando el esclarecimiento de algunos puntos claves. Se me presenta la tentación de recordar que nativa de Jerez y huérfana, María Trinidad Berumen, cuya partida de nacimiento se conserva en la parroquia del pueblo, casó a los diecisiete, el 19 de agosto de 1887, con un hombre que le doblaba la edad, el licenciado Guadalupe López Velarde, de treinta y cuatro. Su primogénito nació a los diez meses y le pusieron un nombre doble, Ramón Modesto, en honor de su abuelo paterno y del mejor parecido de sus tíos maternos. Luego la pareja procreó ocho hijos más, hasta

² Elena Molina Ortega: *Poesías, cartas, documentos e iconografía*. Imprenta Universitaria, México, 1953.

³ Jerez, 1909.

unas gemelas, Aurora y Esperanza, en el último alumbramiento. ¿Tuvieron problemas morales y económicos? Quizá. El padre murió cuando el mayor de los hijos contaba veinte años y los restantes eran adolescentes o niños pequeños. El caso es que por esto o por serios problemas ontológicos, López Velarde consideraba una irresponsabilidad traer al mundo corazoncitos a volar. En la prosa titulada "José de Arimatea" habló sin ambages de una relación sexual interrumpida *abruptamente*.

Dentro de la alcoba, un clima de perla de éter, un esfumarse de algo en ciernes o de algo en fuga. De súbito, al definirse el agujón vital, brincamos cien leguas, para no vulnerar a la virgen privilegiada con semejante ejecutoria narcótica ...

En "Meditación en la Alameda" describió a Próspero Garduño, de incompatibilidad manifiesta entre su nombre y su filosofía, pesimista y soltero porque temía llevar a una blanca heroína vestida de blanco, a la torre de la fecundidad, convencido de que "vale más la vida estéril que prolongar la corrupción más allá de nosotros". En "Obra maestra" hizo una definición:

"El soltero es el tigre que escribe ochos en el piso de la soledad. No retrocede ni avanza.

Para avanzar necesitaría ser padre. Y la paternidad asusta porque sus responsabilidades son eternas.

Con un hijo yo perdería la paz para siempre. No es que yo quiera dirimir la cuestión con orgullos o necias pretenciones. ¿Quién enmendaría la plana de la fecundidad? Al tomar el lápiz me ha hecho temblar el riesgo del sacrilegio, por más que mis conclusiones se deriven, precisamente, de lo que en mí pueda haber de clemencia, de justicia, de vocación al ideal y hasta de cobardía." Y adelante añadió: "Dentro de mi temperamento, echar a rodar nuevos corazones sólo se concibe por una fe continua y sin sombras y por un amor extremo."

En su corta existencia no se le presentaron ninguna de las dos opciones. Encontraba divino el albedrío de negar la vida y, a pesar de sus temores, se convertía en un albigense herético que rehusaba el derecho a procrear como la perpetuación de la obra de Dios sobre la tierra. Y vayamos a otros, para no seguir con ejemplos frecuentados. López Velarde transitó sólo dos veces las estructuras complicadas del cuento: en "Luna de miel" y "El obsequio de Ponce". Reconstruyó así una anécdota sencilla sobre la señora Galindo, que vivía en las nubes porque su marido, extraña especie de trovador nocturno, le alababa el busto con esmerada morbosidad, hasta que la infeliz descubrió los mismos halagos en los escritos de un poeta muerto recientemente. Dicho texto apareció en *La Ilustración Semanal* (13 de abril de 1914). Además de recrear una anécdota pícaro, López

Velarde estableció un juego interesante autoplagiándose. Las palabras con que se obsequiaba a la señora Galindo son versos del “Elogio a Fuensanta” y de “El adiós” (1912). Se burlaba un poco de sí mismo y de las mujeres que necesitan ser estimuladas con alabanzas y “romanticismo”, recursos en los cuales era muy diestro; pero, lo importante para acarrear otra piedra a nuestro molino, consiste en su identificación con el poeta muerto prematuramente.

“El obsequio de Ponce” apareció antes en *El Mundo Ilustrado* (12 de octubre de 1913). López Velarde retrató allí a un personaje con sus propias características, un pesimista sonriente que nutría sus ideas en la contemplación directa de los espectáculos del mundo, que escogió a “una criatura bondadosa y contemplativa sobre cuya cabeza caían ya las hojas huérfanas del otoño” y a quien amaba “por el sentimiento macizo del celibato que comienza a tener miedo a la chimenea sin lumbre y a los aposentos destartalados”, sólo el matrimonio obstaculizaba su dicha, pues siendo pesimista no podía fundar un taller de infortunio ni un vivero de sufrimiento.

El cuento tiene final inesperado: a la muchacha se le presentó una oferta matrimonial y el novio perenne dejó el campo libre en muestra de cariño, no sin derramar abundantes lágrimas, “como un estudiantillo de gramática”. Al analizar irónico los trances de su personaje, López Velarde descubría su drama personal; sin embargo, hallaba modo de desahogarse encontrando en el sexo una fuente inagotable de placeres. Sus poemas eróticos lo prueban maravillosamente.